

La novela porvenir

Semblanza en homenaje a Diamela Eltit en el marco del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2021

Por Javier Guerrero
Universidad de Princeton

“Lo que resta de este anochecer será un festín para L. Iluminada” así comienza la primera novela de la escritora Diamela Eltit. Con *Lumpérica*, publicada en 1983, en tiempos irrespirables de dictadura, la escritora irrumpió en la escena literaria chilena a partir de una novela escrita con una sintaxis nunca antes vista, que ponía en crisis el maldenominado milagro chileno, la obediencia ante el fascismo y su capacidad de oprimir la vida. La novela escribió no solo un personaje inolvidable, también le dio cuerpo a una soberanía hecha trizas por un Estado arrebatado, por el imperativo del mercado, por el pacto entre medios, dispositivos y totalitarismo. *Lumpérica*, luego de ser ignorada, etiquetada como novela críptica o sencillamente ilegible, se convertiría en una ficción emblemática de esa rara e impresionante neovanguardia chilena de los ochenta, una de las obras más impactantes gestada en la relación entre política y poética de nuestro siglo XX.

Casi 40 años han pasado desde que Diamela Eltit publicó su primera novela y pese a haber sellado con ella una nueva escritura, una novedosa lengua que a pesar de que ocupa el castellano siempre será otra, su trabajo ha proseguido la sospecha sistemática sin dejar de tensar las relaciones entre la escritura y su afuera, ha indagado en la compleja trama del mundo que hemos heredado, o más bien en lo que resta de él. *Por la patria* de 1986, *El cuarto mundo* de 1988 y *El Padre Mío* de 1989, sus últimos libros publicados bajo dictadura, enfatizaron una condición solo presente en las más complejas poéticas literarias; la capacidad de proponer de manera simultánea una reflexión geopolítica y nacional. En Diamela Eltit, opera toda una maquinaria que piensa Chile, pero que a la vez piensa desde Chile, para entonces desencadenar preguntas decisivas. Estas preguntas se abordan desde la insurgencia, el feminismo, la crítica de colonialidad del poder, el cuerpo y la materialidad de la vida. Como la propia escritora afirmó en el histórico congreso de literatura femenina que organizó junto con otras emblemáticas mujeres en Santiago de Chile en 1987, el poder se ha ensañado en los cuerpos marginales, agrediéndolos hasta su desaparición, exiliándolos y confinándolos al cerco límite de la des pertenencia histórica. En cierto sentido, la poética de Diamela Eltit vuelve continuamente a esta aseveración, no se sobrepone del arrebato originario, encuentra su trazo en el presente y, sin embargo, aunque sus personajes e historias se tramen en la acumulación de las pérdidas, de las confiscaciones y del saqueo, siempre la insurgencia está a punto de suceder, el estallido. Pese a que uno de sus personajes diga con

convicción “No tenemos nada que perder”, la posibilidad de perderlo todo, incluso lo más inesperado, los propios huesos, se sopesa una y otra vez. Así, por ejemplo, en ese gran libro producido junto con la fotógrafa chilena Paz Errázuriz, *El infarto del alma* de 1994, Eltit encuentra en el último de los lugares posibles, en el hospital psiquiátrico de Putaendo, en los olvidados de Chile, el indiscutible centro del amor.

Asimismo, su poética ha dotado a la novela de algo que parecía olvidado frente a la proliferación de lo imposible y sus límites: Eltit ha sostenido en varias ocasiones que en literatura todo es posible, absolutamente todo. Cada nueva entrega de la escritora constituye una renovada estrategia de mirar ese dispositivo llamado novela. Su trabajo ha demostrado que en tiempos de gratificación inmediata, de excesivo culto a lo frívolo, de vanidosas autorías y absoluta volatilidad crítica, la novela puede sostener una reflexión que lo repiense todo, que incluso sea capaz de anticiparse a grandes debates estético-políticos, o sencillamente que la novela aún puede ser. En cierto sentido, quiero enfatizar que antes de escribir *Lumpérica* Diamela Eltit formó parte del histórico colectivo interdisciplinario CADA, Colectivo Acciones de Arte, que desde la esfera pública pudo disputarle el sentido a la férrea máquina dictatorial chilena. Sin embargo, la decisión de abandonar el terreno de las artes visuales y abonar como campo de trabajo la máquina literaria, con especial atención en la novela, ha hecho posible una radical discusión que se produce en las periferias del mercado y del dinero. La productividad de sus novelas se gesta lo más lejos posible de la transacción monetaria, la maquinaria de la serialización editorial y su profesionalización. Es decir, la circulación de las ficciones de Eltit opera en la pensatividad de sus novelas dada a sus comunidades lectoras. Diamela Eltit nos ofrece tramas y tramados, arpilleras diría, que se replican porque se vuelven nuestras, porque como ha propuesto la argentina Rita Segato, lo único que un pensador puede ofrecer son palabras. Pensemos entonces en la escritora Diamela Eltit como dadora de palabras

Porque puede decirse que cada novela suya está escrita con nuevos vocablos, en una lengua distinta. Aunque su voz sea reconocible, entre otras cosas porque no se parece a casi ninguna, cada novela genera su propia condición de habla. Aquí estriba uno de los problemas que inunda su exuberante poética. Por un lado, su capacidad de poner en situaciones límites y a veces impensables a la lengua, “La cabeza de la TON TON TON Ta babosa de las calles de la ciudad clama aun por el cielo donde la espera una estrella. Una estrella. Yo debo llevarla desde mi cadera a mi pierna hasta las hogueras que CRRR, crepitan su resplandor” (Fragmento de *Los vigilantes* de 1994). Por el otro, como ya mencioné, su escritura no se parece a ninguna otra, pero entabla conversaciones íntimas con grandes proyectos escriturales: de la oscuridad del chileno José Donoso al travestismo del cubano Severo Sarduy, del susurro del mexicano Juan Rulfo al deseo subversivo de la chilena Gabriela Mistral.

En su más reciente producción, marcada por cuatro novelas extraordinarias, *Jamás el fuego nunca* de 2007, *Impuesto a la carne* de 2010, *Energías especiales* de 2013 y, más recientemente, *Sumar* de 2018, la escritora produce un repertorio de problemas que aborda el fin de la his-

toria y la supervivencia de la última célula, orgánica y política, en *Jamás el fuego nunca*; las vidas bicentenarias de dos mujeres colonizadas por el sistema del espectáculo sanitario, en *Impuesto a la carne*; el mundo metalizado por la pornificación del trabajo y la vida sitiada por armas y dispositivos móviles, en *Fuerzas especiales*; y la gran marcha de insurgentes y migrantes que se dirige a la Moneda en *Sumar*, novela escrita antes del estallido social chileno de 2019. Este reciente tramo de la novelística de Eltit marca una condición que podríamos ya denominar como elitiana, de pensar de manera anticipada lo que queda del mundo.

Quiero insistir, para finalizar, en dos elementos fundamentales de la máquina Diamela Eltit. Se trata de una intelectual pública de impresionante talento crítico, lo que le ha hecho posible sopesar los más variados problemas de la política y del complejo engranaje de la crítica cultural. Sin embargo, aún cuando se trata de un cuerpo de pensamiento relevante y sumamente revelador, las historias y personajes de sus ficciones, la sintaxis y densidad de la lengua que los materializa y contiene, sobrepasan su agudeza crítica. La torsión de la palabra, la contradicción de nuestras pulsiones, las fallas del deseo, la ambivalencia de nuestros gestos están todos presentes en cientos de sus escenas y paisajes. Solo vasta recordar aquella inolvidable y estremecedora escena de la mariposa y sus alas tecnológicas en *Fuerzas especiales*. Pero quiero ir más allá, porque a pesar de que efectivamente hay mil razones para llamar, como lo he hecho antes, a Diamela Eltit el escritor más importante del hemisferio, lo más impactante de su estética radica en la posibilidad del porvenir. Y aquí quiero hacer presente a la autora, reclamar su presencia como máquina de escribir que hasta ahora he nombrado en tercera persona, dar cuenta de su asistencia aquí, hoy 27 de noviembre de 2021, en el auditorio Juan Rulfo de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara. Diamela: tu poética está aquí para sobrevivir y decir más de lo que ya ha dicho, que no ha sido poco. Tu literatura está volcada al porvenir. Tus novelas enternecedoramente opacas, que en su opacidad permiten guardar todo aquello que poco a poco se presentará en nuestras vidas y en otras futuras vidas, seguirán produciendo más allá de ti. Tus ficciones, que, como otro gran pensador y escritor de nuestra literatura, el poeta de Martinica Édouard Glissant, nos ha invitado a pensar en su elogio de la opacidad; contienen todo el limo depositado por los pueblos. De ese limo está impregnada tu maravillosa escritura. En ese limo, a veces ilegible en nuestro presente catastrófico, a veces imposible de percibir por nuestros quebrantados sentidos, radica la supervivencia de tu deslumbrante poética, el porvenir de la politicidad tu palabra que ya es mía, nuestra. Es tu novela porvenir.

Elogio y cerebro, desde el escenario más alto de la literatura en lenguas romances, y desde México, la columna vertebral del continente, el trabajo innovador, arriesgado, esa mano de obra que nos convoca a una cita pendiente, de la ganadora del Premio FIL de Literaturas Romances 2021, “Lo que resta del anochecer será un festín para L. Iluminada”, Diamela Eltit.